

ve valor de pedir este Sacramento, no queriendo darme un mentís que habría afligido singularmente mi orgullo. Convencida hoy de falsedad y cubierta de vergüenza, pero de una vergüenza que la vondad de Dios quiere hacerme saludable, deseo sinceramente ser bautizada.,, Rosa muy contenta, corrió inmediatamente á buscar al cura de la parroquia, quien le dió el santo bautismo, y murió al dia siguiente.

CAPÍTULO XXVII.

Dios da á conocer con anticipacion á nuestra santa los sufrimientos que le reserva para el fin de su vida.

Así como el anuncio de la muerte sería muy duro para las personas imperfectas demasiado apegadas á la vida presente, así es muy agradable para los verdaderos amigos de Dios que consideran la muerte como una ganancia, porque todos sus afectos están en el cielo. Por esto vemos que sólo los santos reciben esta clase de revelaciones. Rosa en esta cualidad había sabido desde su infancia que moriría en el dia de la fiesta de San Bartolomé, y desde entónces esta fiesta llegó á ser para ella un dia de gran devocion y de extraordinaria alegría.

Toda la gente en la casa echaba de ver esto sin poder adivinar el motivo, hasta que se le escapó en un dia decir que Dios había escogido esta fiesta para el convite de sus bodas. Su madre, que estaba acostumbrada á este lenguaje, comprendió bien que hablaba de su muerte, y desde entónces esperaba perderla en este dia, mas sin saber en qué año le pediría Dios este sacrificio.

Quedábanle todavía tres años de vida cuando tuvo una enfermedad tan grave que sus padres creyeron que no sanaría: en efecto, el mal llegó á ser tan alarmente que cada dia esperaban verla acabarse, y ya la lloraban como muerta aunque sin darle á conocer sus temores. En un desmayo que tuvo que les hizo creer que ya iba á exhalar el último suspiro, llamaron al confesor, el cual creyó como todos, que había llegado la hora suprema. En consecuencia, comenzó á hacerle con voz lamentable, tiernas exhortaciones que la santa jóven recibió con avidez, dando libre curso á los afectos que el padre procuraba comunicarle y produciendo actos análogos. Su devocion le impedía notar que esperaban verla morir; mas bien pronto advertida por los sollozos de sus padres, del pensamiento que los producía, y viendo las lágrimas que derramaba tambien su confesor, tuvo lástima

de su pena y dirigiéndose al padre le dijo con un tono tan agradecido como afectuoso: "Deponed vuestros temores, padre mio, y cesad de afligiros, pues no estoy murienda como pareceis creerlo. Yo bien quisiera tocar ya el fin por el cual suspiro; pero ¡oh! todavía no puedo alcanzarlo más que por mis deseos. He de llegar á él, pero aun no es tiempo, pues si muriera ahora, me sería necesario morir dos veces, porque conozco el día que debe terminar mi carrera, y todavía está léjos; y no pienso que mi Esposo me haya reservado una doble muerte." Estas palabras bastaron para asegurar al confesor, pues sabía que Rosa era demasiado humilde para fingir una revelación y demasiado sincera para hacerle creer una cosa que ella no creyera.

Cuando llegó á los treinta y un años, que sabía no habia de terminar, dijo un día á la mujer del Contador con una entera seguridad. "Sabed madre mia, que dentro de cuatro meses participaré de la suerte reservada á todo lo que tiene carne. Los dolores de mi última enfermedad serán atroces, sobre todo el tormento de la sed, que desde ahora os suplico la alivieis en cuanto podais. Cuando devorada por una ardorosa fiebre implore de vuestra caridad un vaso de agua fria para refrescar mi

garganta y mis entrañas desecadas, por favor, no me rehuséis este alivio inapreciable; prometedme hoy, madre mia, este socorro cuya urgente necesidad preveo ya desde ahora." Admirada la señora de una súplica tan apremiante, díjole que tuviera confianza en su caridad maternal, y prometió darle la agua todas las veces que la pidiera. "Ya veis, le dijo tambien, que en vuestra casa y no en otra parte es en donde debo terminar mi vida: por esto si vienen á deciros que he caído enferma en la casa de mi madre, estad segura que no exhalaré allí el último suspiro; porque lo repito, en vuestra casa es en donde debo morir. Ahora tengo una última gracia que pediros á nombre de la amistad que nos une tan estrechamente, y es que despues de mi muerte no entregueis mi cuerpo á mujeres estrañas para los preparativos de la sepultura, sino que solo vos y mi madre me prestéis este servicio; por el amor de Dios no me rehuséis este último oficio de vuestra caridad.,,

En cuanto á sus últimos sufrimientos, los conocía ya hacía mucho tiempo. En la célebre vision de los arcos de que hablamos en el capítulo XVI. le reveló Jesucristo toda la série de males que debían entónces descargar sobre ella para prepararla á la feliz

inmortalidad; males tan multiplicados como terribles, y en cuya comparacion todos los que había sufrido hasta entónces, apenas merecían este nombre; males con los cuales serían atormentados de tal modo todos sus miembros que no podrían aliviarse mutuamente; males que contrariando las leyes de la naturaleza la afligirían sin intervalo, sin disminucion, y excederían las proporciones en que Dios ordinariamente los encierra. Al aproximarse esta última prueba, temiendo Rosa que su debilidad llegase á traicionarla cuando le fuese presentado este amargo cáliz, corrió á encerrarse en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, y allí, despues de encomendarse á la divina María, hizo un acto de entero abandono de sí misma á la santa voluntad de Dios.

Tres dias ántes de su última enfermedad fué en secreto á la casa de sus padres para dar el último adios á su ermita en donde había sido colmada de tantas gracias. Luego que entró allí, creyéndose sola y sin testigos púsose á cantar el fin de su destierro y las delicias de la patria celestial: su madre, que estaba oculta en un lugar inmediato, no comprendió nada de este cántico; más cuando oyó que su hija la recomendaba á Santo Domingo, suplicándole que le sirviera de protector en el triste abandono que le

estaba reservado, estremeciése al pensamiento de la desgracia que parecían anunciarle estas palabras. ¡Ay! era demasiado cierto y no tardó en realizarse. El primer dia de Agosto del año de 1617, retiróse en la tarde á su aposento sin estar enferma, pero sabiendo muy bien lo que iba á sucederle. En efecto, los dolores que esperaba no tardaron en hacerle sentir sus crueles ataques; y la mujer del Contador, que dormía en un aposento inmediato, oyendo á media noche los gemidos, llamó á sus criados, y entró en el aposento de la vírgen encontrándola tendida en el suelo, fria, con los miembros crispados y que apenas conservaba un soplo de vida. Sorprendida y asustada la señora, la abruma á preguntas para saber lo que siente; Rosa le responde apenas con palabras entrecortadas: "Todo me duele, me estoy muriendo.," Interrogada si quiere al médico, responde: Sí, al médico celestial. Entre tanto la levantan del suelo y la colocan en la cama, y queda allí sin movimiento, la frente cubierta de un sudor frio, con una opresion de pecho que apenas le permite respirar; un temblor convulsivo agita sus miembros y el pulso es duro é irregular; en fin, todos los síntomas parecen anunciar una muerte próxima. Mandan apresuradamente á buscar al confesor; los médicos, advertidos

del peligro, acuden luego, y su exámen denuncia una enfermedad violenta, pero que nada tiene de natural, y por consiguiente no pueden aplicarle ningun remedio. Hasta entonces la jóven había guardado silencio, de suerte que los doctores estaban reducidos á sus propias observaciones; mas viendo el confesor su embarazo, obliga á la enferma á dar cuenta de lo que siente, y persuadido de que se calla por modestia le manda que hable. No podía ella hacerlo naturalmente, pero lo pudo por obediencia, y á falta de expresiones técnicas explicó su estado del modo siguiente:

"Sé muy bien que merezco todo lo que sufro; pero yo no sabía que pudiesen caer á la vez sobre el cuerpo humano tantos males y repartirse así en todos sus miembros. Paréceme que se pasea sobre mí un hierro candente desde la coronilla de la cabeza hasta los piés, y que me traspasan el corazon con una espada de fuego. Si juzgase de las cosas por lo que siento, diría que un pesado martillo hiere mi cabeza con golpes repetidos y me hunde el cráneo. Siento en mí como un incendio que penetra hasta la médula de los huesos, y experimento en todas las articulaciones unos dolores cuya naturaleza y violencia no sabría explicar. Mi vida se extingue poco á poco bajo la accion de es-

tos tormentos; pero será necesario que dure algun tiempo todavía para que la destruyan, y esto es lo que me aflige, á causa de las penas que he de dar á los habitantes de esta casa. No obstante, cúmplase en mí sin reserva la voluntad de Dios, no rehusaré ni la muerte ni los tormentos que sea de su agrado mandarme.,

Este discurso, al mismo tiempo que edificaba á los médicos, aumentaba singularmente su incertidumbre, pues conocian demasiado la sinceridad de Rosa para poner en duda ni una sola de sus palabras, y no obstante, no podian creerlas sin renunciar á su propio juicio. Resultaba en efecto de sus explicaciones que estaba moribunda, y el peligro no se anunciaba por ningun síntoma exterior. Retirándose aparte para conferenciar juntos, dijo la santa en voz baja á su confesor: "Es en vano que se apliquen á estudiar mi enfermedad, el principio de ella no está en las causas naturales; pues en lugar de venir de dentro viene de fuera, y de todos los puntos de la circunferencia se dirige al centro causándome innumerables y punsantes dolores. No hay otro remedio para esta extraña enfermedad, más que la paciencia., Suplicó á la mujer del Contador le permitiese guardar durante algunos dias un silencio absoluto, asegurándole que

este descanso le sería más provechoso que todos los medios sugeridos por los médicos para curarla. Habiendo obtenido este permiso, se sintió muy contenta por no tener ya nada que tratar con las criaturas y poder unir sus dolores con los de su Esposo crucificado.

Mas no pudo gozar por mucho tiempo de esta tranquilidad que le era tan necesaria; pues su madre, á quien había sido preciso advertir del estado de Rosa, acudió á toda prisa, y viéndola mucho más mala de lo que se había imaginado, se abandonó á un estreptoso dolor. Comenzó á abrumarla con preguntas importunas acerca de la naturaleza de la enfermedad, el lugar y la intensidad de los dolores. La vírgen respondió que se sentía mal en todo el cuerpo y que su suplício era el de la cruz. Poco contenta la madre con esta respuesta exigióle que le diese una cuenta detallada de todos sus tormentos, y viéndo que Rosa parecía vacilar, porque no sabía por donde comenzar ni donde tomar las palabras que necesitaba para explicar una enfermedad tan estraña, la obligó en virtud de la santa obediencia á descubrirle lo que ella misma no comprendía. Acordándose entónces la santa que la cruz es el trono de la obediencia, volvió á entrar en todos los detalles que había dado ántes á los mé-

dicos y acabó diciendo: "Esto es, mi querida madre, lo que puedo deciros para satisfacer á la obediencia; en cuanto á lo demás me es imposible explicarlo, y aun cuando lo explicara, vos no lo comprenderiais.. La madre al oír esta relacion se deshacía en lágrimas; sobre todo por no tener que dar á su hija más que su llanto. Esto fué para Rosa una nueva prueba, porque era extremadamente compasiva; y así no omitió nada de lo que creyó á propósito para templar la pena de su madre, olvidando para esto sus propios dolores.

Llegó el dia de la Transfiguracion, cuya fiesta en lugar de trasportarla al Tabor la fijó aún más fuertemente en el Calvario. En efecto, á tantos males vino á juntarse un accidente terrible que ya no permitió dudar del peligro que amenazaba su vida. Atacóle la parálisis quedándole sin movimiento todo el lado izquierdo, á excepcion de la lengua cuyo uso conservó por una gracia especial hasta su último suspiro. En vano recurrieron los médicos á los fomentos y fricciones de todo género para reanimar sus miembros; pues esto no servía más que para hacerle sufrir un nuevo tormento. La pierna y el brazo izquierdo le quedaron inútiles, ó más bien le servían de molestia, pues sólo los sentía por el peso incómodo con que so-

brecargaban el resto de su cuerpo: ya no podía incorporarse en el lecho ni volverse sin el auxilio de manos ajenas, lo cual le afligía más que el mal que padecía.

El 17 de Agosto se declaró una pleuresía, por el dolor de costado que la caracteriza, una tos obstinada y una asma que la sofocaba; á este maltan cruel vinieron tambien á juntarse un cólico agudo, una fuerte contraccion de los músculos, la artritis en el pié derecho y finalmente una fiebre ardorosa y continúa. La santa jóven acogía todos estos males con perfecta resignacion y sin perder nada de su serenidad, bien convencida de que le venían de mano de su Esposo, y le producirían un peso proporcionado de gloria eterna. De aquí venía esa admirable paciencia que causaba la admiracion de todos los que la rodeaban; y esas exclamaciones que se le escapaban en lo más fuerte de sus sufrimientos. "No me perdonéis, Señor, no me perdoneis, cumplid en mí vuestra justísima, santísima y adorabilísima voluntad. Colmad la medida, añadid dolores á dolores; pero al mismo tiempo tened la bondad de aumentar mi paciencia.,, Oíase tambien á veces exclamar: "Señor, concededme vuestro auxilio, porque sin él nada puedo.,, Una sola cosa le causaba algun temor en me-

dio de tantos sufrimientos; y era el pensamiento de que podría perder el uso de la razon, cuyo temor no era improbable, tanto á causa del ardor de la fiebre, como por sus continuos insomnios; mas Dios le hizo la gracia de conservarle la presencia de espíritu hasta el último instante.

Debemos no obstante exceptuar algunos momentos de enagenamiento causados por la violencia del mal ó por la fuerza de sus contemplaciones. Entónces parece que dormía y los que la rodeaban se alegraron creyendo que era un buen presagio: sobre todo su madre quiso persuadirla que debía ver en esto una señal cierta de curacion.

Mas la vírgen que estaba segura de morir, le dijo sonriendo: "Yo no duermo como pensais, pues el sueño es inconciliable con unos males como los míos y que no me dejan un solo momento de descanso. No os hagais ilusion acerca de mi estado; es preciso agotar el cáliz de mis sufrimientos; mas luego que lo haya bebido hasta las heces, lo cual será muy pronto, entónces entraré en mi eternidad.,, La sed que la consumía llegó á hacersele insoportable: sin cesar rogaba á su madre adoptiva que le diera una poca de agua por el amor de Dios: mas esta señora, á pesar de la compasion que le tenía, se rehusaba por prudencia, o-

poniéndole la prohibicion de los médicos. Rosa insistía recordándole la promesa que le había hecho; mas al fin comprendió que su Esposo quería que participase con Él este último tormento.

CAPÍTULO XXVIII.

De la dichosa muerte de Rosa, y de las ansias del pueblo por verla.

Llegó por fin el momento feliz en que la santa jóven iba á dejar la tierra para subir al cielo. Bien sea que Dios la advirtiese de este acontecimiento, ó bien que juzgase naturalmente de su proximidad por la disminucion sensible de sus sufrimientos, ella sintió una alegría inexplicable, y habiendo llamado á su confesor, hizo una confesion general de su vida con señales de profundo dolor, gimiendo, sollozando y derramando un torrente de lágrimas. En seguida pidió con las manos juntas y voz suplicante el Sagrado Viático y la Extrema-uncion. El P. Lorenzana salió inmediatamente para traérselos, y la enferma se aprovechó de este intervalo para disponerse á recibir santamente este doble beneficio. A la entrada de su Dios en la casa, sintió Rosa un estremecimiento de amor inexplicable: su rostro se cubrió de los

más vivos colores, y no pudiendo soportar el peso de tanta dicha entró en un éxtasis sublime. Su confesor, aunque conoció lo que pasaba, no dejó de hacerle las preguntas prescritas; y cuál fué la admiracion de todos los asistentes al oirla responder á todo como si no hubiera estado fuera de sus sentidos. Despues de haber recibido la comunion se puso pálida como la muerte, cerró los ojos y permaneció inmóvil por largo rato. Este estado como de desfallecimiento les hizo temer que no hubiese podido pasar la sagrada hostia; mas preguntándole su confesor si ya la había pasado le respondió afirmativamente.

Así como en la comunion se había estado recogida en sí misma, al recibir la Extrema-uncion se mostró muy alegre y animada: este sacramento fué para ella verdaderamente un óleo de alegría, la uncion de una reina en un día de fiesta más que la uncion de una enferma que va á morir; y esto se comprende fácilmente, pues sabía muy bien que su salvacion no corría ningun peligro, y además, sabía que sin pasar por el fuego del purgatorio iba á ser admitida á las bodas del Cordero. Habiendo sido interrogada acerca de su fé, hizo la profesion de ella muchas veces, con voz clara y casi cantando, protestó que quería morir como había

vivido, hija de la santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana; que creía, y siempre había creído todo lo que esta buena Madre propone á sus hijos, y que miéntras conservara su razon, permanecería firmemente unida á esta señora infalible. Renovó tambien sus votos religiosos, haciendo estender sobre su lecho el escapulario que distingue á los hijos de Santo Domingo. Esto era precisamente lo que hacian los religiosos de su órden en igual caso por una costumbre inmemorial: no tenía ella conocimiento de esto, mas habiéndoselo dicho su padre espiritual en esta ocasion, llenóse su corazon de dulcísimo consuelo.

Habiendo venido el P. Prior á visitarla, suplicóle Rosa le leyera una excelente fórmula para uso de los moribundos, á fin de obtener de Dios que tenga misericordia de todos aquellos que en algo los hubieren ofendido. El piadoso padre hizo lo que ella pedía, y miéntras él hablaba escuchábale la santa con religiosa atencion, y con los ojos fijos en el crucifijo que tenía en la mano. Esta oracion produjo en su alma una impresion profunda de caridad cristiana; pero lo que más la conmovió fueron estas palabras repetidas muchas veces en su larga oracion: "Padre perdónalos.., Esta oracion de su Jesus moribundo conmovía todos sus afectos,

llenábala de celestial dulzura y hacía que no se cansase de saborearla y repetirla sin cesar.

Luego que el padre dejó de hablar, mandó llamar á toda la familia de Don Gonzalo, y con voz lamentable les suplicó que le perdonaran los yerros que pudiera haber cometido con sus malos ejemplos, el disgusto que sin duda les había causado por sus desobediencias, sus singularidades, su taciturnidad, y los penosos cuidados á que las obligaba su enfermedad tan larga é importuna. "Esta enfermedad debe durar dos dias todavía, añadió, y esto es lo que me aflige: mas por favor, no perdais tan cerca del término el fruto de vuestra paciencia y de vuestra longaminidad. Dentro de dos dias, lo repito, la fétida Rosa libraré esta casa de su peso inútil y de las molestias que ocasiona á la amable familia de su padre adoptivo.., No tengo necesidad de decir que al oirla hablar así, todos los asistentes se deshacían en lágrimas, porque todos conocían su inocencia, su dulzura, su corazon tan amoroso, su condescendencia y todas sus virtudes; y por consiguiente todos tenían el corazon desgarrado al oirla hablar tan desventajosamente de sí misma.

El Contador conocía demasiado los afectos de Rosa para poder dudar que su de-

seo fuese el ser enterrada á los piés de sus hermanos los Dominicos, y era de creer que estos religiosos no dejarían despues que muriera, de revindicar sus despojos mortales como un tesoro que les pertenecía. Por otra parte, miraba como muy probable que el cura de la parroquia se opusiese con todo su poder á esta traslacion, y queriendo como hombre prudente prevenir este litigio, sin manifestar á la santa sus inquietudes respecto á esto por no ofender su humildad, lo arregló de un modo muy discreto. Sin duda quereis, le dijo, ser enterrada en la casa de vuestros hermanos los Dominicos; en este caso podeis pedir este favor por testamento; pero es mejor segun yo creo solicitarlo como una limosna. Ya he dirigido una acta en este sentido, que sólo falta que la firmeis. Rosa encantada con esta forma tan conveniente á su humildad, y persuadida por otra parte que en calidad de Dominica tenía derecho á esta sepultura, suscribió inmediatamente el escrito del Contador, con gran satisfaccion de los Dominicos.

Miéntas más se iba debilitando su cuerpo, más fuerzas parecía tomar su espiritu, de suerte que podía decir con el Apóstol: "Mi vigor aumenta en proporcion de mi debilidad.,, Su alegría crecía tambien de

hora en hora, sin que le fuese posible ocultarla dentro de sí. Un religioso, testigo de sus sufrimientos, creyó deber exhortarla á sufrir con valor, diciéndole que sus males tocaban á su término, y que el fuego de la fiebre, acabándola de madurar haría de ella un fruto más delicioso. "Teneis razon padre mio, respondió, esto es tambien lo que pido continuamente á mi Esposo. "Oh! sí, que me haga cocer á fuego vivo, á fin de que sea digna de ser servida en su mesa celestial.,, A medida que se acercaba á su fin se multiplicaban sus raptos y se prolongaban más, y era fácil el ver como Dios le daba un gusto anticipado de las delicias del cielo. Al salir de uno de estos favores, volviendo en sí y no pudiendo contener el gozo que sentía, dijo en voz baja á su confesor que se hallaba á su lado: "Oh padre mio! si el tiempo no fuese ya tan corto; qué cosas tan grandes y gozosas no tendría yo que decir de la suavidad de Dios, de la brillante corte que le rodea en su palacio eterno! Yo parto con un increíble apresuramiento para ir á contemplar su infinita hermosura que ha sido en todo el tiempo de mi destierro, el único objeto de mi amor y de mis más ardientes deseos.,,

La madre de Rosa estaba allí cerca del le-

cho mortuorio: su padre estaba ausente, detenido por una grave enfermedad; mas habiéndole advertido que su hija esperaba su última bendición para morir, se hizo llevar á la casa del Contador. Al ver á su querida hija pálida, demacrada, agonizante, no pudo contener las lágrimas y sollozos, lo que excitó la compasión de todos los asistentes. Rosa lo dejó dar libre curso á su dolor paternal; y luego que lo vió mas tranquilo, tomóle la mano, la besó con respeto y le dijo: "Al terminarse la vida que mi madre y vos me habeis dado, tengo necesidad que me bendigais uno y otro. Os suplico me concedais este último beneficio." Despues que le dieron la bendición, buscó con los ojos á D. Gonzalo y á su esposa y les pidió la misma gracia. En seguida hizo acercar á sus hermanos, les dió cosejos muy saludables recomendándoles sobre todo el servicio de Dios y la fidelidad á sus padres. Quiso ver tambien á las dos nietas del Contador que por su inocencia le eran muy queridas, y las exhortó del modo mas tierno á practicar las virtudes de su sexo y á no descuidar nada de lo que pudiese complacer á sus padres. Los criados fueron llamados á su vez y recibieron unas advertencias muy convenientes impregnadas de una caridad que dejó profundas

huellas en sus corazones.

El P. Lorenzana al oirla hablar con tanta insistencia y entusiasmo, se persuadió de que nó moriría en la próxima noche; y se resolvió á ir á los maitines de su monasterio, prometiendo á la enferma volver al dia siguiente: mas Rosa que sabía que solo le quedaban cuatro horas de vida, suplicóle que le diera su última bendición. Aun no es tiempo, respondió el padre, yo volveré á veros mañana muy temprano. "Mañana, replicó Rosa sonriendo, ya estaré muy léjos, padre mio. Sabed que esta misma noche cuando comience la fiesta de San Bartolomé, partiré para ir á tomar lugar en el convite eterno. Ya he recibido mi invitacion para este espléndido y solemne banquete: se me ha fijado la hora en que debo llegar, y es preciso que vaya mientras que están las puertas abiertas; pues no quiero exponerme á encontrarlas cerradas como las vírgenes locas." Decía esto con un aire tan sereno, tan alegre y tan tranquilo, que parecía que ya estaba en el vestíbulo del paraíso con la lámpara en la mano, no esperando más que este anuncio de que habla el Evangelio: "Hé aquí que llega el Esposo, acudid á su encuentro." En efecto, parece que á media noche se hizo oír esta voz; entónces Rosa pidió con un

ademán un cirio bendito, y haciendo la señal de la cruz, anunció como pudo á su hermano que iba á morir, En seguida, haciendo que le quitaran la almohada, á fin de morir con la cabeza sobre las tablas, levantó los ojos al cielo y esperó el momento supremo sin horror y sin miedo: á poco se la oyó repetir por tres veces amorosamente el nombre de Jesus, y entregó su hermosa alma á Dios á la edad de treinta y dos años cinco meses.

Al principio no podían creer que estuviese muerta; pues aunque no se notaba ya en ella ningún movimiento, pero el encarnado de las mejillas, los labios sonrosados que parecían sonreír, sus ojos medio cerrados, pero brillantes y graciosos daban testimonio en favor de su vida. Recurrieron á la aplicación de un espejo para salir de esta incertidumbre, y la experiencia no dejó ya ninguna duda acerca de la realidad de la muerte. Diez y nueve personas rodeaban el lecho fúnebre, sin contar á su madre y la familia del Contador: todas eran amigas de Rosa, de las más adictas y fieles; mas por un prodigio inconcebible, en lugar de derramar lágrimas, no pudieron contener el gozo que llenaba sus corazones.

El día comenzaba apenas á despuntar cuando la multitud estaba ya sitiando la ca-

sa, sin que nadie hubiese salido de allí para anunciar por fuera la triste noticia, lo cual fué mirado como un nuevo milagro. El P. Lorenzana entró el primero y quedó tan sorprendido de la hermosura de la santa, que no pudo ménos de exclamar: "¡Oh Rosa! dichosos los autores de tus días! ¡feliz la hora en que apareciste en el mundo! ¡felicidades los que te han conocido y han tenido alguna parte en tu afecto! Tú fuiste verdaderamente bendita del Señor, dignísima hija de Santo Domingo, porque ahora gozas de la vision intuitiva de tu Creador. Has muerto como has vivido; has subido al cielo llevando contigo la túnica bautismal en todo su esplendor y la pureza virginal sin ninguna mancha. Sigue, sigue ahora al Cordero por todas partes donde va.,"

Después del confesor vinieron los nobles y los magistrados de la ciudad; luego los ciudadanos y los extranjeros. Todos se acercaban respetuosamente al santo cuerpo tocándole con sus rosarios ó llevándose algunas flores de las que cubrían el lecho. Aumentando la multitud á cada momento, fué necesario llevar á la santa en medio del patio: entónces vióse llegar un pueblo inmenso é invadir este terreno espacioso y precipitarse sobre el cadáver sin orden ninguno. Unos le besaban las manos, otros los

pies: ya no eran suficientes las flores para contentar su devocion, aunque las arrojaban en abundancia, y comenzaron á cortarle pedazos del velo, del hábito, y bien pronto habría quedado enteramente despojada de sus vestidos si no hubieran hecho venir guardias para protegerla.

Cuando llegó la hora del entierro, toda la poblacion de la ciudad y de la comarca acudió á la procesion, y aunque había más de mil pasos de distancia entre la iglesia y la casa del Contador y las calles eran muy anchas, estaban obstruidas de tal modo que era imposible transitar por ellas. El Arzobispo de Lima, habiendo querido ir con su cabildo al encuentro del cortejo fúnebre, en vano procuró atravesar la multitud, y le fué preciso volver atrás é ir á esperar el santo cuerpo bajo el pórtico de la iglesia donde debía ser sepultado.

CAPÍTULO XXIX.

Exequias de Rosa y traslacion de su santo cuerpo.

Nunca se había visto un cortejo fúnebre más solemne y suntuoso: si el Rey de España hubiera venido á morir á Lima no podría haberse hecho más en favor suyo. Todo el

clero secular, las comunidades enteras y las cofradías vinieron de dos largas filas á acompañar el cuerpo. La guardia del Virrey ocupaba las calles rechazando las oleadas de un pueblo inmenso. El senado en cuerpo seguía al féretro acompañado de los hombres más notables de la ciudad: las mujeres de todos condiciones no atreviéndose á bajar á las calles, llenaban las ventanas; y los niños y aun los hombres estaban subidos hasta en las azoteas. Los senadores quisieron llevar el santo cuerpo una parte del camino, y lo cedieron con dificultad á los prelados de los diversos monasterios. Finalmente, el Arzobispo lo recibió á la puerta de la iglesia con su cabildo metropolitano. ¡Cuántos honores para la hija de un soldado oscuro, y tan atenta ella en ocultarse en los dias de su vida mortal! Así es cómo Dios se complace en realizar en sus amigos esta sentencia del Evangelio: "El que se humilla será exaltado.,, Así vemos que la santidad es un camino más seguro para llegar á la gloria que las pretensiones del orgullo humano.

Entre tanto, nada había podido durante la marcha impedir al pueblo el satisfacer su piadosa avidez. Cuando llegó la santa á la puerta de la iglesia no tenía más que giros de los vestidos, y hasta la palma y la co-